

EL ESCORIAL⁽¹⁾

... En primer lugar le enseño El Escorial como lugar de ascetismo y traducción en granito de la disciplina castellana derivada de la concepción católica de la muerte.

Erguido sobre una roca de esta sierra sombría en la que se engastó el enorme monasterio, ¡qué viajero no ha sufrido el despotismo del paisaje y de una regularidad tan dolorosa en este horizonte convulsionado! Pero la mayoría, reaccionando contra la contracción de su alma, vuelven rápidamente al miserable alojamiento, bromeando sobre el carácter melancólico de los obreros de Felipe II. ¡Vanos esfuerzos para ocultar su pavor bajo la zarpa del genio castellano!

Este Rey, que instaló su poder sin límites en un panteón, pone bajo nuestras miradas que «la grandeza del hombre reside en lo que se reconoce de miserable».

Inclinado sobre el inmenso Escorial que dominaba desde una colina, Delrio se abandonaba al vértigo del abismo ascético, cediendo al imperio católico del dolor. Un crucifijo lamentable, desgarrado por los latigazos, los insultos y los terrores, impone sus tonos a la tierra; para agitar las ondas profundas de nuestra conciencia, las cuerdas del ideal, no hay nada como las bellezas de leprosería. Este paisaje anárquico, atormentado por sombrías pasiones, que soporta el monasterio real como una losa aplastante de granito azulado, le parecía justamente el cuadro que ofrecería a su imaginación para calmarla un Pascal meditabundo.

¡No me importa el fondo de las doctrinas! Es el impulso el que amo. Los ascetas de España o de Port-Royal llamaban vivir para la eternidad lo que nosotros llamamos observarse, comprender el vacío de la vida. ¿Estos estados de elevación, se habrán perdido hoy día?

Sin cesar, Delrio trataba de sugerir estas reflexiones a la Pía, mientras recorrían patios lúgubres, bajo bóvedas heladas en las que el aire faltaba.

Así, caídos bruscamente de su fácil terraza de Toledo a un formidable panteón encerrado en medio de las sierras para transmitir a la eternidad el diálogo frente a frente de un déspota y de Dios, se encontraban perdidos como niños en la *Summa*, el Código y la Geometría. ¡Malestar anímico más que físico! Lo que les oprimía era menos el impasible y monocromo laberinto que toda la concepción vital, el método moral, la ética que simboliza. ¡Azulado granito eterno, líneas inflexibles que comprimen el alma de tal manera que, no gastando nada en gestos, no perdiendo nada al exterior de su ardor, esté comprimida y a punto de estallar, como un cartucho de dinamita colocado en la roca y que no puede evadirse más que proyectándose hacia el cielo!

Siempre volvían a la iglesia, centro del monumento, y cuando la Pía, a través de las rejas de las capillas laterales, trataba de distinguir las riquezas acumuladas

(1) *Du Sang, de la Volupté et de la Mort.*

sobre los osarios, o a lo largo de los corredores, contemplando algunos retratos severos, pero que por lo menos la recordaban la humanidad en este espeso nublado de melancolía y sombrío mortuorio, Delrio le dijo: «¡Qué falta de sentido! Pequeñas curiosidades no deben distraer nuestros espíritus en este cuartel de la abstracción. Te arriesgas a disminuir este medio prodigioso porque nos libera del tiempo, produciéndonos un sentimiento desprendido de todo accidente individual.»

Aprobaba que bajo estas bóvedas llenas de pensamientos indefinibles, tan sólo se distinguiesen dos grupos de estatuas reales obra de León Leoni, mayores que el natural, suntuosas como lingotes de oro y con tal fuerza de expresión, que mirando sus semblantes se cree oír sus confidencias, o más bien, detrás de sí, en la sombra, el murmullo de sus servidores. Oro sobre los osarios, tal es la distracción que a la inteligencia ofrece El Escorial.

Alma infantil, esclava palpitante de sus sensaciones, la Pía desfallecía de cansancio y de miedo a la par. Menos para respirar, sin embargo, que para huir de esta filosofía en la que la muerte se despoja hasta de su romanticismo, acercándose a las ventanas. Detrás de sus rejas veía el estanque del Infante, alberca mezquina, con peonías entre oscuras matas, más regulares aún que la piedra. ¡Bajo estas bóvedas implacables, no hay nada que esperar más que de los juegos del pensamiento! Era una excesiva opresión y parecióla desfallecer.

La cogió, llevándola, y cuando alcanzaron en las terrazas un estanque bordeado de granito que las golondrinas rozaban, lloró. Era por encontrar al fin, en este trágico implacable, algo que descendiera hasta la melancolía.

Más tarde, por la noche, en el triste hospedaje, después de la cena silenciosa por el agotamiento, ya acostada, dejándole jugar como de costumbre con sus manos ensortijadas:

— No nos marchemos — decía poseída por la loca atracción del abismo —. En ningún lugar como éste siento cómo para mí existes tú solo en el mundo.

— Sentirás más violentamente todavía — respondió él — nuestra dolorosa felicidad del Escorial cuando pasemos de esta disciplina a la riqueza y fecundidad de Andalucía.

Dos días después estaban en Granada.

... Una hora más allá, El Escorial es aún una antítesis. La única sensación fuerte que puede experimentar el que dispone de todo, es renunciar a todo. Tal fué el goce del Rey que se encerró en esta tumba formidable. Murándose en este desierto de piedra, proporcionóse la única sacudida nerviosa que podía aún conocer un hombre estragado de todas las magnificencias triunfales. La imagen suprema inventada por el poeta que poseyó genialmente el don de la antítesis, el féretro de los pobres llevando al panteón escoltado por todo un pueblo el cadáver de Victor Hugo, no alcanza a lo que realizó el genio de Felipe II: el más poderoso de los Reyes encerrando su vida en un sepulcro.

MAURICIO BARRÉS.